

EEG

DAŠA DRNDIĆ

TRADUCCIÓN DEL CROATA Y NOTAS
DE JUAN CRISTÓBAL DÍAZ



A Maša y Gojko

Al ser el suicidio la conclusión lógica de todo, el único recurso que nos queda es lo irracional. Pensándolo bien, si no nos matamos es porque hay demasiadas razones para matarnos.

Reflexionar en torno al suicidio es lo que me ha salvado. De no haber meditado sobre el suicidio, seguro que me habría matado. Y así, el deseo de morir es mi única y exclusiva preocupación. He sacrificado todo por él, hasta la muerte.

E. M. Cioran¹

¹ *Cuadernos 1957–1972*. Planeta, 2020. Trad. de Mayka Lahoz. [Nota: Las tres últimas frases no son parte de la cita original, sino elaboración apócrifa de D. D.]

Por supuesto que no me maté.

Aunque los suicidios silenciosos acechan por todos lados. Merodean hasta que se infiltran en su víctima. Los suicidios silenciosos no son violentos. Son graduales, duran en el tiempo. Mi hermana Ada se está suicidando silenciosamente. A veces yo también emprendo un suicidio lento, cuando me da por ahí, pero al poco me revuelvo y me echo atrás. Un suicidio silencioso puede consistir tanto en atiborrarse de comida como en morir de hambre, algo que se observa a menudo en anoréxicos ambiciosos e inseguros y en personas mayores que han perdido los dientes (en la boca) y el sitio (en la vida), y que se dedican a mirar embobados la pantalla del televisor y a deglutir plátanos y helado, cuando tienen dinero para comprarlos. Pero el hambre también puede ser forzada, cuando la gente muere a manos de otros (asesinato silencioso) o cuando la gente no quiere pasar hambre, pero la pasa.

Hace poco, un hombre salió huyendo de un gran centro comercial multinacional con un trozo de carne en la chaqueta. Un guardia de seguridad logró alcanzarlo, y el paquetillo de carne acabó en el suelo. El hombre, tachado de ladrón por el vigilante, logró escapar, pero se quedó sin carne. Tal vez ese hombre debería haber optado por una variante más barata, como aquel otro que se lanzó a por unos pollos. Se coló en el sótano de una casa familiar en la localidad de Veliki Grđevac y sacó del congelador cuarenta kilos de pollos y patos

congelados por valor de novecientas kunas. En la prensa se dijo que los dueños de la casa no se esperaban que un ladrón fuera a llevarse los pollos y los patos. Supongo que pensaron que en ese pueblo de 3313 habitantes, el ochenta por ciento de los cuales son croatas, todos se aman entre sí, todos están satisfechos y ahítos.

Tal vez sea más seguro recoger caracoles, para luego venderlos y, con el dinero obtenido por su venta, comprar algo para comer, como polenta, por ejemplo, o tal vez simplemente pagar la factura de la electricidad. La «policía» de la Unión Europea no trata de evitar esto; al contrario, incita a tales manejos. Los caracoles se deben recoger en abril (eso también piensa el poeta Eliot), un mes por norma lluvioso, y esas lluvias hacen que los caracoles se arrastren sin impedimentos, se dejen llevar y salgan de sus escondites, de tal forma que sus recolectores pueden atraparlos fácilmente. Los recolectores de caracoles recomiendan coger únicamente caracoles adultos: que midan más de treinta y cuatro milímetros, pues los caracoles pequeños no sirven para nada. Así pues, los recolectores venden los caracoles que recogen a intermediarios, quienes les pagan medio euro por kilo de caracoles, y estos intermediarios, a través de sus socios comerciales, los distribuyen a los países de la Unión Europea, a restaurantes donde esos caracoles, esos *escargots*, finalizarán su periplo y serán extraídos de su carcasa y cocinados en mantequilla, vino o un caldo reducido con ajo y demás especias. Entonces se devuelven a su seno original, gracias a unas tenacillas con las que se sujetan las carcasas y a unos tenedores minúsculos y alargados con los que se extraen los caracoles, para finalmente servirse a los comensales en raciones de seis a doce piezas, quienes los degustan mojando en nuevas salsas densas y aromáticas, mientras chasquean los labios y se relamen entre sonoros «mmmmm».

Los suicidios silenciosos también visitan a los jóvenes. Últimamente, cada vez más. Los suicidios silenciosos se les presentan a aquellos que están aislados, que se convierten en residuos sociales y que, en consecuencia y a falta de alternativas, con frecuencia se vuelven alcohólicos o drogadictos, lo que les conduce a la enfermedad, la depresión y la pena. Conozco a uno (alguien mayor) que acabó suicidándose, dejando una nota en la que escribió: «Necesito paz y esta es la única manera de encontrarla». Tenía sesenta y siete años.

Está científicamente probado que, a menudo, quienes se matan invisible y visiblemente son aquellos que aceptan los cambios con dificultad, aquellos de talante más bien severo, cognitivamente rígidos, inadaptados, conservadores (adheridos a los valores de la tradición, el hogar, la patria y la Iglesia, de manera inflexible), obedientes y emocionalmente austeros, tanto que olvidan reírse, convencidos de que hay que mostrar una compostura grave por defecto; aquellos que son tan mansos como adictos a la disciplina —disciplinados y disciplinantes a un tiempo—, fieles creyentes de que conduciéndose así acabarán en el paraíso. Y, claro, al final revientan.

Pero no tiene por qué ser así. También se matan aquellos a quienes estos de antes les comprimen los pulmones y el cerebro, sin dejarlos respirar.

Oye, acéptalo. *Lo que nos aterroriza de la muerte no es la pérdida del futuro, sino la pérdida del pasado. El olvido es una forma de muerte que siempre está presente en la vida.*

Kundera²

2 Philip Roth, *El oficio: un escritor, sus colegas y sus obras*. Seix-Barral, 2001. Trad. de Ramón Buenaventura. *Conversación con Milan Kundera*.

Yo también tengo algo sobre ese asunto. *La muerte no es un acontecimiento de la vida. No se vive la muerte. Si por eternidad se entiende, no una duración temporal infinita, sino intemporalidad, entonces vive eternamente quien vive en el presente. Nuestra vida es tan infinita como ilimitado es nuestro campo visual.*

Wittgenstein³

Así pues, no me maté. Ni me largué. No abandoné nada ni a nadie. Todo a mi alrededor siguió siendo como era: los libros, los muebles, junto con mi pequeña colección de vasos selectos, mi ropa, con sus camisas raídas (cien por cien de algodón), mis cuadros colgados en la pared y mi yo antiguo, que ya no era el mismo. Todo se mantenía en su sitio. Los únicos desplazamientos fueron los del propio espacio. Viajé con el fin de estudiar entes moribundos, contemplarlos de cerca y comprobar cómo no había forma de que murieran definitivamente. Distribuidos en jaulas blindadas de vidrio lechoso, vistos desde el exterior, esas entidades moribundas tenían el aspecto de figuras titubeantes, borrosas e inaudibles, pero vivas. En estos breves viajes observaba estas enormes jaulas, me acercaba a ellas, llamaba golpeándolas y apoyaba en ellas la palma de mi mano para atraer atención de los seres recluidos, hacer que se me aproximaran para poder decirles algo a través del grueso cristal blanquecino y lograr conocerlos, memorizar sus historias, recordar sus vidas, pero ellos no hacían más que bailar dichosos e incorpóreos en un vacío silencio. Para ellos, seguía siendo alguien invisible desde un exterior impenetrable.

Entonces regresé.

3 Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*. Alianza, 2012. Trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.

Había abandonado Rijeka, mi lengua, mi cuerpo; había salido corriendo dejando restos a mi paso. Ahora recojo los pedazos (de mí mismo), esa mezcla parecida a la arena húmeda que los niños amasan formando figuras tambaleantes, agrietadas, deformes y grises. Ahora estoy hecho papilla, una papilla que se disuelve, que escapa a su forma, una papi-lla de órganos machacados, *mush*. Tuétano, pulpa informe. También recojo cascotes, cascotes de vidas de otras personas, y trato de darles alguna forma, por grotesca que pueda resultar; esa forma desgarrada que acaban adquiriendo a veces las hace brillar, lo que me lleva a pensar que no está todo tan oscuro a nuestro alrededor después de todo.

La ciudad no ha cambiado. La gente todavía camina en zigzag en amplias extensiones. Se giran de pronto y me cortan el paso, saltando frente a mí como en una película de suspense, con el invariable resultado de llevarme un susto. Los viandantes no se mantienen en su lado derecho de la calzada, sino que campan a sus anchas embistiendo, rompiéndome el ritmo, interrumpiendo mi paso vacilante y entrecortado, por lo que mi caminar se está volviendo irregular, desordenado, zangoloteante. Desfigurado. En la calle, la gente pasa a mi alrededor zumbando, berreando, me arrebató el espacio adonde se encaminan mis pasos, y entonces me detengo, me quedo inmóvil y la dejo pasar: que siga adelante, que pase de largo, que me deje al menos un resquicio, un claro en la selva de asfalto para no oír más simplezas ni banalidades que hacen que mi pecho se sobresalte y mi cerebro experimente descargas eléctricas que anulan mis pensamientos. El otro día me senté a beber café, a tomarme un respiro y aclarar los restos dejados por las pesadillas matinales, por los sueños vacilantes. Tres mujeres que estaban sentadas en la mesa de

al lado en la terraza de una cafetería se hablaban a gritos, arrastrando las palabras como si hicieran rodar chinas con la lengua y eyectando esputos decrépitos (engendros sonoros) a su alrededor, como criaturas fantasmales que se balancearan en el aire, rodaran en el pavimento y cubrieran con su presencia el espacio a su alrededor. Una de ellas, además, paraba a los transeúntes a los que conocía y discutía con ellos de las vidas de ellos y de la suya propia, desde una distancia de diez metros, como si estuviera en cualquier callejuela napolitana.

En otra ocasión, mientras desayunaba en un hotel, le dije a un hombre que llevaba quince minutos hablando muy alto en una conversación repetitiva y sin sentido por el móvil: «A lo mejor podría hacer eso fuera del comedor», y me salió con que: «Lo que no tenía que haber hecho usted es alojarse en un hotel».

En una taberna, otra vez, a una que ululaba pegada al móvil en una mesa contigua a la mía le grité: «¿Puedes hablar más bajo?». Se le cortó el aliento, puso los ojos como platos y me soltó: «Pirate ya, abuelo, anda y que te den», y siguió hablando aún más fuerte.

Mis amigos me piden que me relaje, lo que viene a ser una forma ligeramente más suave de decirme: «Qué rarito eres».

Terribles griteríos se suceden por todos lados, asediando despiadadamente a diestro y siniestro. Ya he escrito antes que no conozco una ciudad más ruidosa que esta. A veces el estruendo, la zapatiesta, el rumor ensordecedor, los bramidos, los chasquidos, los crujidos, los tamborileos, los chillidos, los alaridos, la bulla, la algarabía, el bullicio, el estrépito general son tan insoportables que a uno le dan ganas de pararse en medio de la calle y ponerse a aullar. Entonces tal vez alguien se detendría y se callaría. Un día, una mujer de pelo largo entró en una farmacia, pálida, desgredada y con mugre negra

debajo de las uñas. Llevaba unos pantalones estampados a flores que parecían bombachos —en realidad, un pijama— y se desgañitaba hablándole a dos móviles al mismo tiempo: uno blanco y el otro rojo, mientras en la farmacia todo resonaba terriblemente. Cuando llegó el momento de pagar, le faltaban quince kunas, así que salió y regresó al poco tiempo, aún enzarzada en la retahíla de berridos a los aparatos que llevaba pegados a los oídos. Entonces entró una monja, extraordinariamente silenciosa, esperando a llevarse un medicamento con receta. Le despacharon sus óvulos vaginales de la marca Medazol (contra las tricomonas, entre otras cosas), pero tampoco llevaba diez kunas encima, que era lo que costaba el copago médico de este fármaco. Rebuscó en su monedero y la farmacéutica, con aire condescendiente (¿por qué con aire condescendiente?), le preguntó: «¿Es mucho para usted?», a lo que la monja, ahora en un tono más alto y algo más resuelta, replicó: «Tampoco hacían falta». ¿Qué quiso decir con que «tampoco hacían falta», por qué no iban a hacer falta, cómo qué no? Puedo imaginarme a esa crédula pingüina en la mesa del ginecólogo: ¿irá semidesnuda o abierta de piernas con su vestido de murciélago? Por Rijeka circula una historia sobre una monja que tuvo seis abortos. Su ginecólogo le recomendó que tomara anticonceptivos, pero ella se negó alegando que algo así atentaba contra su fe. Tengo un problema con las monjas en general. Desde fuera parecen humildes y contritas, pero no lo son. En cuanto se las toca (verbalmente), se soliviantan, alzan la voz y, en ocasiones, se vuelven beligerantes y agresivas. Una vez, de hecho, esperando en el consultorio, la cola era inaudita, no se podía leer siquiera un triste volante, en parte por la iluminación, absolutamente inexistente, en parte por el murmullo, del que a veces sobresalía la voz penetrante de alguien, una voz que sobrecojía; los pacientes describían

sus enfermedades y comentaban en detalle los resultados de los análisis, *step by step*, cuando, de repente, apareció una monja diciendo: «Llevo prisa, tengo que saltarme la cola». Todos guardaron silencio, siguiéndola con una mirada reverenciosa, algunos incluso se llegaron a persignar, como si la Virgen María hubiera hecho acto de presencia en la sala de espera. Yo le dije: «Espero que no tarde mucho», pero ella se hizo la sorda y entró en la consulta. Allí permaneció cuarenta y cinco minutos, y la espera en aquella penumbra se hizo tan desesperante que incluso los más piadosos comenzaron a protestar. Cuando salió, le pregunté a la casta (?) hermana (!): «¿Ha sacado recetas para todo el monasterio?». Ella asintió, y dijo: «Exacto». Y se marchó como una exhalación. La montura de las gafas que llevaba era más cara que la mía.

En aquel momento, en aquella farmacia, volví a enervarme, pues, al parecer, ahora también me molesta la gente silenciosa, no solo la ruidosa, y esto no es bueno.

Cuando escribo y hablo sobre el ruido de esta ciudad, algunos se sienten personalmente interpelados, como si ellos fueran la ciudad, por mucho que, en realidad, sí lo sean. Pero, el mismo día en que aquella primera petarda, aquel pendón, aquella pedorra estuvo desgañitándose a grito pelado, en los escasos veinte minutos que pasé en la farmacia, tres personas pidieron tapones para los oídos: «De cera —decían—, los queremos de cera, porque esos de cera son los que mejor se adhieren y taponan mejor. Los de nadar no —precisaban—, los tapones para el agua son rígidos y se salen, mientras que los de cera se pueden moldear bien». Tal cual.

Por supuesto, hay gente, y mucha, que se ríe de eso, ya que es insensible al ruido: pero son precisamente

los mismos que resultan también insensibles a las razones, los pensamientos, las composiciones poéticas y las obras de arte; en suma, a todas las impresiones espirituales de cualquier clase: pues eso radica en la naturaleza correosa y la sólida textura de su masa cerebral. [...] Ese estruendo repentino, agudo, que paraliza el cerebro, que corta en pedazos toda reflexión y asesina cualquier pensamiento, ha de ser dolorosamente sentido por cualquiera que lleve en su cabeza siquiera algo parecido a un pensamiento: por lo tanto, cada uno de tales chasquidos tiene que perturbar a centenares de hombres en su actividad intelectual, por humilde que sea su especie: pero al pensador le atraviesa sus meditaciones de forma tan dolorosa y destructiva como pasa la espada de la justicia entre la cabeza y el tronco.

Schopenhauer⁴

Los mejores son los que pasean a sus perros, que caminan en silencio y en línea recta. Y recogen la mierda.

La escritura de *Belladonna* fue un juego. Una confesión desgarradora pergeñada, de un modo u otro, por D. D., detalle que debería haberse mencionado. Para no llevar a engaño a los lectores, en aras de la veracidad. De modo que se produjeron perturbaciones, pequeñas perturbaciones, por supuesto, dado que todo lo que había a mi alrededor se redujo, empequeñeciéndose —conversaciones, espacios, roces, pasos, el tiempo, y yo—, incluyendo mi respiración, mi visión y mis testículos. Los pulmones también se me contrajeron. Las confusiones

4 *Parerga y Paralipómena II*, 2023, Trotta. Traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María.

comenzaron a prodigarse. Se gestaba una confabulación contra mi vida, como si mi vida pudiera caber entre las tapas de un libro. Era como si estuviera viviendo una irrealidad, almacenando historias ajenas dentro de mí, tragándome las vidas de otras personas, de cuyo aliento, de cuya tristeza, de cuya locura comenzaba a pudrirme.

Decían que había escrito un libro autobiográfico, es decir, que *Belladonna* era un libro autobiográfico de D. D. Lo decían, pero no era así. Toda novela es una novela sobre la salvación, afirma Béla Hamvas; no hay novela sin confesión. Ni más ni menos. Para que quede claro.

No existen los libros autobiográficos, no existen las autobiografías, lo que existe son las multigrafías, mezclas, cócteles biográficos, un *mélange* global de vida en el que escarbamos, que despedazamos, de la que seleccionamos jirones, retales, pedazos que nos metemos en los bolsillos, bocaditos que deglutimos como propios. Ese vertedero poblado de desechos (de vidas) se ha extendido tanto a lo largo de los siglos que actualmente cubre la superficie del globo terrestre y nada se puede discernir en él, nada sobresale de él, ninguna particularidad, ninguna forma, todo él un erial de unas mismas semillas reblandecidas, convertidas en una pegajosa papilla que apenas palpita aún, de manera superficial, antes del *exitus*.

Cuando se escribe ahora —y escribir no es necesario para la decadente raza humana—, lo mejor es «inventar» alguna historia ya inventada, con tantas palabras como sea posible, en tantas páginas como sea posible, y amalgamarlo todo en forma de dibujo infantil. Para facilitar la comprensión. En aras de la facilidad. En aras de la levedad, que flota como una brisa sobre el basurero de nuestra existencia, para que ahuyentemos (nuestro) hedor, para que creamos, al menos durante un instante, que no caducamos, que no nos escurrimos silenciosamente como una mucosidad oscura. Sin alusiones

—¿para qué?—, sin metáforas ni símbolos, hurgando con el dedo directamente en la mierda. *Make it simple, simplicity, simplicity*. Pero yo no ofrezco una «historia», porque yo escribo sobre personas que no tienen una «historia», no sobre unos y otros que buscan historias ajenas para poder encontrar la suya propia.

Una crítica soltó en una mesa redonda una sandez insólita, algo que jamás le había oído antes a nadie: la susodicha había detectado con precisión el problema que yo tenía por no obtener premios literarios, como si supiera que yo tenía algún problema por que no me dieran ningún premio literario, o cualquier otro problema, porque el problema de no recibir premios literarios no es mi problema en absoluto, sino más bien el problema de quienes fallan esos premios, así que ese supuesto problema sería en todo caso de los jurados literarios, si es que algo así cabe considerarse problema para un jurado literario, pese a que sí que creo que ciertos miembros de determinados jurados literarios tienen realmente un problema, o más bien una serie de problemas, algunos de los cuales son serios y graves, pues son problemas personales, psicológicos, estéticos, éticos y, a veces, hasta políticos. Esa crítica dijo en dicha ocasión que «su problema con los jurados literarios tal vez resida en su, según algunos, compromiso excesivo». Y lo remató añadiendo: «Es muy difícil lograr que el compromiso encaje bien en un texto literario. La institución crítica en ocasiones percibe que su discurso es en exceso moralizante. Es un escritor desagradable, que está constantemente golpeándole al lector en el estómago». Rechacé esa opinión contradictoria por considerarla una simpleza y un dislate, para mí mismo, claro, porque ¿a quién y dónde podría decir algo así públicamente?

Los escritores más aplaudidos (de los que cabe suponer que no tienen problemas con los jurados literarios), en realidad, no

son capaces de escribir ni el más anodino de los textos, pero dado que supuestamente son geniales, aunque entre ellos se cuenten autores extraordinariamente aburridos y anticuados, la crítica no solo no los toca, sino que los eleva hasta alturas celestiales, de modo que su notoriedad crece, artificialmente inflada, y solo se hará justicia con ellos cuando hayan dejado de existir, como les ocurre a algunos que llevan muertos dos décadas o más, y a los que les ha llegado la hora de que los pongan en su sitio. Aunque también ocurre lo contrario. Algo que no sirve de consuelo, sino que más bien entristece o consterna levemente. A aquellos que son olvidados en la inmediatez de su contemporaneidad, personas de varia condición, escritores o pintores, mujeres u hombres, músicos o científicos, el presente a menudo los arranca de décadas de olvido y los adula superficialmente, los glorifica misericordiosamente después de que el presente los haya arrojado a la miseria, a la locura, a la desesperación, al suicidio, porque todo presente cae en el vicio del tedio, se malacostumbra, se acomoda, se vuelve vago, y por eso busca un chupete que succiona rítmicamente como un imbécil para engañarse a sí mismo.

Cuando se escribe, lo mejor es repetirse. Es incluso preferible transferir párrafos enteros de un libro a otro, cosa que hago a veces, porque la gente es enfermizamente olvidadiza. Y a menudo se sorprende. Y cuando se sorprende, grita con insistencia: «¡No me digas!». Antaño, o incluso en el pasado reciente, hace sesenta o setenta años, no eran tan olvidadizos. Tan cretinos. Tan idiotas. El cerebro humano se ha encogido y se encoge de manera constante, se encoge como un jersey de lana lavado con agua caliente. El cerebro humano pierde volumen, pierde capacidad inhalatoria, se vuelve asmático, palidece, mientras los nervios ópticos se deterioran hasta la parálisis final, hasta la ceguera. Vamos allá: música, canciones para dar botes y alaridos, eso que denominan *folk* y *turbofolk*,